

E

ntre De Quincey y Borges.

Metodología crítica en literaturas comparadas

Jerónimo Ledesma

Universidad de Buenos Aires
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)
Argentina
jledesma@filo.uba.ar

Resumen

Tres palabras —influencia, recepción e historia— rigen el movimiento de este ensayo. Su fin es proponer cómo la crítica de esos enfoques, al enfrentarnos a la necesidad de resolver sus problemas específicos, en el marco de un estudio de literaturas comparadas, genera una serie fecunda de desplazamientos metodológicos. Cuando la crítica pone al descubierto un déficit, el enfoque de la influencia debe pedir auxilio al de la recepción, y éste, por su parte, al de la historia. La historia exige, a su vez, que una reflexión metahistórica la salve del abismo de su autoconocimiento. El ensayo busca contribuir así al campo metodológico de las literaturas comparadas. Las observaciones surgen de un proyecto de investigación concreto sobre la relación entre De Quincey y Borges y resultan funcionales a su desarrollo.

Palabras Claves: metodología - literatura comparada - De Quincey - Borges

Keywords: *methodology - comparative literature - De Quincey - Borges*

Fecha de recepción: 12/03/2004

Fecha de aceptación: 20/08/2004

La inestabilidad del propio territorio es la condición esencial de la crítica. Una inestabilidad epistemológica, prácticamente un tembladeral que tiende a expandirse a través del tránsito obsesivo que ostenta la conjunción "y" de nuestros títulos.

Jorge Panesi: *Walter Benjamin y la deconstrucción*

Tres palabras —influencia, recepción e historia— puntúan el movimiento de este ensayo. Su fin es mostrar que la crítica de esos enfoques, al enfrentarnos a la necesidad de resolver sus problemas específicos, en el marco de un estudio de literaturas comparadas, genera una serie fecunda de desplazamientos metodológicos. Dicho de otra forma: cuando la crítica pone al descubierto un déficit en el enfoque de la influencia, éste debe pedir auxilio al de la recepción y cuando el enfoque de la recepción, a su vez, se torna objeto de crítica, debe desplazarse al campo de la historia. Pero la historia no es aquí una salida final sino un punto de llegada que exige una nueva reflexión que la salve del abismo de su autoconocimiento.

En este sentido, el ensayo busca contribuir al campo metodológico de las literaturas comparadas. Pero las observaciones surgen de un proyecto de investigación concreto y resultan funcionales a su desarrollo. Por lo tanto, no es inconveniente advertir que no abordo estas cuestiones con un interés puramente teórico ni por una peculiar pasión metodológica, sino porque han resultado inevitables para hacer avanzar el estudio del tema. Por el momento, como se verá, no es posible —aunque tal vez tampoco necesario— deslindar las observaciones de su origen técnico.

I

Mi objeto de estudio es la relación entre Thomas De Quincey y Jorge Luis Borges. Esta reunión de nombres implica, primero que nada, admitir la presencia de uno en el otro, por el ejercicio de la lectura, por supuesto,

pero más especialmente por algún uso o función particular de esa lectura en el orden de la producción textual. Admitir esto nos obliga a reescribir la frase 'De Quincey y Borges' como 'De Quincey *en* Borges'. La preposición 'en' inquieta más, sin duda, que el coordinante 'y'. Representa, diríase, un paso más allá en la metáfora de los nexos, ya que un escritor —con su obra— queda incluido, metido en el otro, adentro del otro, con todo lo que una situación de esta naturaleza supone: amor, incomodidades, roces, ocultamientos, contagios...

Asimismo, la preposición 'en' reintroduce la metáfora de la *influencia*, que predominó en los estudios literarios de sesgo comparatista durante largo tiempo. La palabra, antiguamente, se empleaba en sentido astrológico para referir a las energías de las estrellas que fluían en los cuerpos sublunares afectando su modo de actuar.¹ La influencia, *influens*, lo 'que fluye en', ya era entonces el pasar líquido, la circulación, de un término al otro. Este pasaje, por definición, tenía que acabar poniendo en duda la identidad de los términos involucrados. ¿Dónde empieza lo propio, dónde, lo ajeno? ¿Dónde se ubica la frontera que la inasible influencia transgrede? La dificultad discriminatoria se hace más visible y trepa al punto del escándalo en el campo de la moral, donde se trata de distribuir culpas y sanciones. ¿Cuál es la responsabilidad de alguien que actúa dominado por una influencia, es decir, contra su voluntad, enajenado? ¿Algo preexistente en él mismo lo habrá hecho particularmente proclive a esa corrupción? Sin duda, la posibilidad más atroz en el universo de las influencias es que la influencia no sea de

nadie y al mismo tiempo de todos: que sea el lugar del tercero, el fantasma, la forma desnuda de la relación.

En algún momento, la palabra tomó el sentido que perdura hoy en el uso común: la influencia como prolongación en otros de un pensamiento, un estilo, una persona. En el plano de la crítica moderna, el modelo de la influencia reprimió su origen metafórico, plegándose a un modelo de prioridades, esencialista, análogo al del original y la copia. El texto del que mana la influencia, en tal caso, se juzga pleno de sentido, redondo en su significación originaria, y todos los ruidos, toda la culpa de una distorsión, queda en el bando del receptor, a donde el texto llega interpretado y caído. Este pseudo-concepto de influencia, que idealiza a una de las partes como la fuente original y que degrada a las otras como recipientes que se llenan, ha servido para organizar ciertas historias de la literatura, tramando relaciones entre unidades culturales discretas —ya fueran éstas individuos, grupos o culturas— sobre una implícita relación de poder.

No obstante, el enfoque de la influencia genera una serie de preguntas, de distinto nivel, sobre el contacto, la asimilación, la autoconciencia y la represión, que resultan productivas a la hora de estudiar la frase 'De Quincey en Borges'. ¿Cuándo, dónde, en qué ediciones leyó Borges a De Quincey? ¿Cómo dice haberlo leído? ¿Cuáles son los indicios de presencia en el texto borgeano? ¿Concuerdan esos indicios con las declaraciones de Borges acerca de su lectura de De Quincey? ¿Qué elementos retóricos, temáticos, estilísticos, sugieren que esa lectura funciona, en efecto, como una presencia fuerte,

una influencia, digamos, en la obra de Borges? ¿Qué ausencias y operaciones hablan de un intento de ocultar la influencia? En el curso de mi investigación, trato de contestar preguntas de este tipo. A continuación, en apretada síntesis, doy algunas respuestas parciales, que acabarán conformando una imagen borgeana de De Quincey.

II

Borges debe haber leído a De Quincey por primera vez en Europa (quizás en Ginebra, quizás en Lugano, Italia) entre 1915 y 1918. Probablemente lo haya hecho en la edición en catorce volúmenes de David Masson de 1889-1890, o en su segunda edición de 1897, aunque existe la posibilidad remota de que se haya topado con algún texto aislado en otras ediciones que circulaban en Ginebra hacia 1914, como la *Tauchnitz Collection of British and American Authors* (Rodríguez Monegal 125-26).²

En entrevistas y prólogos, Borges declaró que desde su primer contacto nunca dejó de releer a De Quincey con asombro y felicidad. Sin embargo, sus declaraciones sobre la influencia que esa lectura habría ejercido suelen ser llamativamente marginales y equívocas. En un texto de 1948, titulado "John Donne: El Biathanatos" (reaparece en *Otras Inquisiciones* como "El Biathanatos"), confiesa entre paréntesis que la deuda con De Quincey es tan vasta "que especificar una parte parece repudiar o callar las otras" (OC³ 700). Las declaraciones directas son más bien tardías y escasas. Hay, en rigor, un solo texto —que, técnicamente, es un paratexto— dedicado exclusivamente a De Quincey: el prólogo a la

edición *Los últimos días de Emmanuel Kant y otros escritos* de la Biblioteca Personal, publicado el último año de su vida, con el número 50 (PIK⁴).⁵ La coordinación de estos hallazgos convierte a De Quincey en otro "*precursor velado*" (Balderston), de tanto o más peso que Stevenson, y vuelve más urgente la pregunta por la razón de un ocultamiento semejante.

Muy rara vez Borges individualiza los textos de De Quincey. Casi siempre lo refiere por el título de la antedicha edición de Masson, *Writings* (Escritos), dando número de volumen y de página, como si se tratara de una sola obra, de una sola escritura continua. Los indicios puntuales de presencia en el texto, son muchos: las citas y referencias son casi tantas como las de la *Encyclopaedia Britannica*. El dato no es solo numérico. Efectivamente, un uso referencial, parecido al de una enciclopedia, aunque una bien extravagante, define, desde la década de 1930, la presencia de De Quincey en el texto de Borges. De este modo queda enfatizado, si no esencializado, el aspecto cultural e intelectual de su obra y su figura. Este énfasis se subraya —y complica— en la posdata a "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius", donde tanto la *Britannica*, en reproducción estadounidense, como los *Writings* de De Quincey, son fuente de hallazgos 'inesperados'. En la primera se descubre la nota sobre Uqbar; en los *Writings*, el nombre Johannes Valentinus Andreaë, autor de un supuesto libro sobre Uqbar. Afirmé que el énfasis se complica porque el relato, y en especial, la referencia, tratan justamente del abismo en que se mueve la producción imaginaria y cultural. En "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius", la literatura revela algo del modo en que funciona el mundo: las

ficciones constituyen el sentido mismo de la realidad y la enciclopedia — como la literatura— es tanto un intento de reproducir el mundo como una manera primaria de producirlo. La escritura de De Quincey, los *Writings*, cumplirían y demostrarían, con el ejercicio de la "activa memoria" (PIK), esa función básica de la literatura con respecto a la producción cultural.

Las citas, además, remiten mayoritariamente al volumen XI de Masson, que consta de crítica literaria. Así se destaca el carácter literario, crítico y autoconciente de la imagen intelectual de De Quincey. Esta imagen y su correspondiente identificación con la que Borges fragua para sí, aparecen reforzadas por enunciados breves pero reiterados en los que De Quincey encarna, aun más que otros escritores, el tipo del "escritor intelectual", es decir, aquel que "ya en su manejo de la prosa, ya en el del verso, no ha eliminado ciertamente el azar, pero ha rehusado, en lo posible, su alianza incalculable" (OC 211) o, también, aquel que aúna en su obra "el goce intelectual y el goce estético" (PIK). En un plano retórico-estilístico, esta imagen se cualifica por el uso sistemático de ciertos procedimientos reveladores de autoconciencia, como la ironía, la atribución errónea, el apócrifo, la argumentación casuística y el anacronismo.

Hay otras referencias significativas que trabajan la presencia en una imagen coherente. El epígrafe de *Evaristo Carriego* (1930) es una de las más notables y puede leerse hoy como un lema tanto de la poética de Borges como de la de De Quincey.⁶ "...another mode of truth, not of truth coherent and central but angular and splintered. De Quincey, *Writings* XI, 68", dice. Esto es: "[...] otra forma de verdad, no una verdad central y

coherente sino angular y astillada". El epígrafe, una cita violentamente recontextualizada,⁷ sugiere una interpretación de la poética de Quincey en función de la propia poética en gestación de Borges.

El aspecto visionario de De Quincey, finalmente, el que se liga a los "satánicos esplendores" (OC 279) de sus pesadillas en *Las confesiones de un opiófago* —la traducción del título es de Borges—, *Suspiria de profundis* y *The English Mail Coach*, también aparece en Borges, sobre todo, en ficciones narrativas como "El inmortal", la ya citada "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius" o "La secta del Fénix". Esta transposición al plano de la temática y el estilo sugiere que incluso ese aspecto visionario se inscribe en el plano de las letras. Lo confirma el poema "A cierta sombra. 1940", donde las letras pesadillescas de De Quincey son invocadas para que capturen a los ejércitos fascistas en sus laberínticas redes. No es, en todo caso, la experiencia de la droga, como liberación o enfermedad, lo que Borges rescata, sino "la espléndida prosa en que evocó o inventó" sus pesadillas (Borges "Névroses" 25).

III

Abundé en estos resultados parciales para mostrar que el enfoque de la influencia es productivo en un sentido muy concreto. Produce hallazgos y permite sacar conjeturas acerca del modo en que ellos se pueden coordinar en el 'interior' de una obra, como lectura, como imagen coherente, incluso como influencia angustiante. Permite delinear la presencia. Pero quiero señalar ahora dos problemas que afectan su validez y nos empujan fuera del campo de la influencia.

El primero es el peligro conjunto del desborde y el solipsismo. La influencia, leída como el avance de una identidad ya formada sobre otra en formación, sin duda tiende al desborde y puede llegar a colmar, en la perspectiva del crítico, todo el universo simbólico de la obra 'segunda', ahogando otras presencias de elementos extranjeros y sofocando nociones importantes, como la de uso. Este peligro parece resonar en esa vastedad inespecificable que Borges encierra entre paréntesis en el "El Biathanatos" (punto II) o en esas narraciones donde el destino de un personaje se revela como dependencia absoluta de otro ("El duelo" o "Los teólogos", por ejemplo). Éste es, en retórica, el juego que establece el tropo de la *sinécdoque*, el reemplazo de la parte por el todo y, en filosofía, la solución del panteísmo, donde los límites entre las cosas se disuelven en el mar oscuro de la sustancia divina. Este desborde, de hecho, aparece fomentado por —a la vez que fomentando a— una noción solipsista de literatura, es decir, de literatura que se resuelve siempre como literatura, arrogándose un estado de excepción (Bessière 2001).

En la crítica contemporánea, el caso de Harold Bloom tal vez sea el que representa mejor esos peligros solidarios. No sólo *La angustia de las influencias* (1973), que teoriza el enfoque de la influencia y lo eleva a teoría general de la literatura, sino también *La compañía visionaria* (1961), que indaga el canon de la poesía romántica inglesa como un despliegue intrapoético, familiar, arraigado en el concepto (romántico) de imaginación.⁸ Más allá de que el programa crítico de Bloom se sustente en una 'mala' lectura del psicoanálisis, lo más problemático y que parece

estar en la base de estos dos peligros, es el confinamiento de la producción cultural a la perspectiva del poeta original o, como él lo llama, "poeta fuerte". Este modelo intrapoético y familiar excluye por principio y para siempre otro modo de concepción de poéticas, centrado deliberadamente en la lectura, la crítica y la traducción, es decir, en actividades que se reconocen derivadas, periféricas y segundas.

El problema —sus peligros y limitaciones— se agrava en un estudio sobre De Quincey y Borges. Ambos construyen sus poéticas literarias en la crisis de la identidad y esa crisis no es distinta de la desatada por la influencia. De Quincey fue, como Borges sabe, "uno de los primeros lectores de Wordsworth" (PIK) y Coleridge. La formación de su identidad intelectual está profundamente signada por esa relación con los dos poetas de los Lagos, según el mismo De Quincey se encargó de hacer público (Roberts 2000). De hecho, antes de que fuera conocido como el *opium-eater* de su primer obra célebre, De Quincey ya era considerado un *violent laker* (Ledesma "Al costado, más acá"). No es casual que la crítica haya tenido problemas al abordar este triángulo de relaciones: no sólo ha vacilado a la hora de tener que indicar cuál fue la mayor influencia, si Wordsworth o Coleridge, sino que, más gravemente aún, hasta hace muy poco, sólo podía ver en De Quincey la sombra, el eco o el recipiente prosaico de aquellos manantiales de originalidad lírica.⁹ Los estudios post-estructuralistas sobre De Quincey, del año 1970 en adelante, han recuperado esta paradoja como un núcleo productivo del análisis. La estética ruinosa del gótico y la figura incompleta del parásito se han revelado más útiles para pensar esta identidad crítica y en crisis

que el modelo previo del poeta fuerte o el visionario romántico. Borges, por su parte, inicia su carrera de escritor como poeta que cree en la literatura como "confesión de un yo" ("Profesión de fe literaria"), pero que, al mismo tiempo, en sus reflexiones teóricas, sólo encuentra aceptable una noción crítica del "yo", que desestabiliza el modelo del poeta fuerte y desmonta el terreno para trazar otros caminos. En efecto, el desarrollo posterior de su poética, el crecimiento del espacio de la prosa, como ha mostrado Molloy (1999), está fuertemente amarrado a la revisión del vínculo entre literatura y autofiguración (o autobiografía). La referencia, la representación, la influencia, la prioridad están tematizadas en las obras de los dos escritores. En Borges, a su vez, el hecho de ser argentino lo llevó a intervenir en la discusión nacionalista, pensando estos problemas formales y epistemológicos en función de las relaciones literarias internacionales y de la identidad cultural ("Borges nacionalista"). De este modo, la exclusión de poéticas críticas por parte del enfoque intrapoético de la influencia es nociva en un estudio de la relación entre De Quincey y Borges. Piénsese, por ejemplo, en lo paradójico que ya resulta para ese enfoque que la fuente de la influencia —De Quincey— se represente a sí misma como una fuente 'influenciada'.

El segundo problema también afecta a los límites y su transgresión, pero desde un ángulo puramente metodológico, como si el propio enfoque, en su dinámica, nos propusiera ampliar o correr la mira. Podemos enunciar así este fenómeno: intentar responder las preguntas del enfoque de la influencia produce otras preguntas más abarcativas que ya no se inscriben en el mismo campo metodológico y que modifican el

objeto. Efectivamente, las respuestas a esas preguntas condicionan la interpretación de la 'influencia'. Doy, como ejemplo, dos preguntas relacionadas: ¿cómo se explica, en términos generales, el modo borgeano de lectura e incorporación de 'elementos extranjeros'? ¿Es este modo sintomático de Borges o paradigmático de un grupo de escritores y críticos de la literatura de la Argentina? Evidentemente, ante estas preguntas es necesario tomar la influencia y sus hallazgos parciales como puntos de partida para incurrir en otras perspectivas de análisis ligadas a la recepción.

IV

Yves Chevrel ha sugerido que desde los aportes, en los años sesenta, de la Escuela de Constanza, esto es, de Jauss y compañía, que quisieron combinar hermenéutica, poética e historia, el término 'influencia', que ocupaba una zona poco razonada, ha sido desplazado por el más abarcativo de 'recepción'. Y comenta acertadamente: "Los estudios de recepción optan por hacer hincapié en la actividad del que recibe más que en la actividad potencial del objeto recibido." (Chevrel 151). El otro cambio que supone el paso de la influencia a la recepción es que esa actividad del que recibe —lectura, discurso crítico, traducción— es más que la actividad de un individuo. La recepción trata de eludir una noción ingenua de sujeto haciendo intervenir otras fuerzas —fuerzas históricas, sociales, culturales e ideológicas—, otras figuras —como las instituciones o las tradiciones—, en la determinación de la actividad interpretativa. De

ahí el concepto, que media entre lo individual y lo colectivo, de 'horizonte de expectativa'.

Necesariamente, adoptar un enfoque de recepción implica revalorar y repensar la actividad de la lectura y la figura de lector. La lectura pasa a ser un elemento constitutivo, estructural, de la forma, que debe verse como acontecimiento histórico, rechazando las concepciones esencialistas del texto. Esto es importante en este caso por varios motivos. Por una parte, nos permite considerar a De Quincey y a Borges como escritores que elaboran poéticas críticas. Por otro, nos hace ver a Borges lector y, en especial, lector de De Quincey, con toda la complejidad del caso. Y en tercer lugar, derivándose de lo anterior, el enfoque nos envía al conjunto de lectores del que Borges es sólo una parte, aunque una, por cierto, muy 'influyente'.

En nuestro medio es frecuente escuchar que a la mención de De Quincey, se sigue la frase: "sí, un escritor que le gustaba a Borges" o algo por estilo. No descarto, por supuesto, que existan lectores contemporáneos argentinos que hayan arribado a De Quincey por otro carril, sin leer a Borges. Los debe haber.¹⁰ Sólo transmito una asociación que tiene una especie de carácter nacional. Recientemente, en un congreso al que asistía público de diversa edad, todos críticos y lectores entusiastas, pregunté si alguien podía desmentir esta impresión y solicité que, en tal caso, lo manifestara. Nadie lo hizo, como supuse. Esa fue mi propia experiencia de lectura. Leí el nombre "De Quincey" por primera vez en el libro *Discusión* de Borges y ambos quedaron asociados en mi mente. Luego leí a De Quincey en textos que no se parecen a los de

Borges, y sin embargo, les encontré algo "borgeano". Ese algo estaba en relación, seguramente, con la imagen que traté de reconstruir en el apartado II. No deja de ser asombroso de qué manera la lectura de un autor consagrado puede condicionar la de otros autores. De algún modo, aquí se invierten los términos de la influencia. La mediación de Borges determina nuestra recepción de Thomas De Quincey. La influencia en Borges acaba influyendo en nosotros, aunque este "nosotros" no esté muy definido. De hecho, su definición depende de cómo se considere la propia recepción de Borges. Y podría postularse, tomando como base de la sospecha la situación del congreso que mencioné, que la mediación de Borges ha influido especialmente en la comunidad de lectores que guardan una relación profesional con la literatura, como escritores y críticos. En cualquier caso, este tipo de reflexión invierte los términos y queda expresada en la construcción: "Borges en De Quincey".

Esto exigiría, entre otras cosas, estudiar la imagen de lector que Borges construye y transmite. A pesar de su definición de la literatura como asunto impersonal, Borges se adjudicó con los libros un tipo de relación monopólica y prioritaria. En textos que desarrollan su autobiografía intelectual (no sólo el *Autobiographical Essay*, también las entrevistas y los ensayos), aun cuando insiste en su colocación descentrada, orillera o menor —el sótano de "El Aleph", digamos—, parece estar siempre sugiriendo, incluso entre sus pares eruditos, no solo haber leído todos los libros sino haberlos leído antes y mejor que los demás. Esto incluye tanto a De Quincey, como a otros 'espíritus afines', en los que alguna vez vio cifrada, como le gustaba repetir, toda la

literatura.¹¹ En el *Autobiographical Essay*, en efecto, la imagen del Borges lector es la del que establece relaciones singulares, auráticas, de placer y afinidad individual, con los libros de una biblioteca. Por ejemplo, cuando evoca su solitario trabajo en la biblioteca municipal Miguel Cané: "*I would do all my library work in the first hour, and then steal away to the basement and pass other five hours in reading or writing*" (242). Pero esta imagen ya aparece en textos de juventud, como "La fruición literaria", donde la lectura se representa con un sistema metafórico ligado al encuentro, el trato íntimo y las relaciones de amistad.¹² Este modelo refuerza la impresión de que Borges fue el primer lector argentino de De Quincey, si no el único, y nos invita a descartar tácitamente, con perversa cortesía, otras vías de ingreso, otras imágenes. En el caso de escritores ingleses no canónicos, como De Quincey, este efecto tácito de disuasión se vio profundizado por la difusión limitada de la literatura inglesa.

Sabemos que De Quincey entró en el panteón de los decadentistas (por lectura directa y por la traducción de *Confessions* que hizo Baudelaire) y que alcanzó con el modernismo algún público hispánico al que seducían los aspectos patológicos de su imagen y su estilo, acordes con esa estética. No he investigado esta cuestión. Sé sólo de la presencia de De Quincey en dos autores latinoamericanos consagrados del siglo diecinueve, Rubén Darío y José Asunción Silva.¹³ Me han comentado también de un artículo crítico sobre De Quincey en la revista mexicana *Moderna*. En cierto sentido, a un nivel de lectura menos consagrado, habría que investigar la doble mediación del decadentismo y de Baudelaire en la recepción latinoamericana de De Quincey. No sería

imposible, si se hiciera esto, ver una línea de continuidad entre De Quincey y Arlt, quien dice haber publicado, aun siendo muy joven, un texto con el título *Diario de un morfinómano* en *La novela cordobesa* (Saitta *El escritor en el bosque de ladrillos* 29). Como sea esto en el detalle, nos consta que a fin de siglo XIX, en Europa, la recepción crítica de De Quincey se concentraba en los aspectos "mórbidos", esto es, moralmente problemáticos, de su producción, como el opio o el crimen y el modernismo se habría hecho eco de esa circunstancia. Estudiar a Borges como elemento de la recepción histórica de De Quincey en Argentina permitiría elaborar nuevas hipótesis acerca de la representatividad y las motivaciones culturales que la rigieron y también sacaría a la luz otras imágenes de De Quincey, que la recepción hegemónica soterra. La apropiación borgeana de De Quincey podría ser estudiada, incluso, como un tipo particular de censura, algo tal vez más visible en su tratamiento de Kafka o de Poe, dado que las lecturas rivales de esos autores han sido más numerosas y polémicas, dejando ver que la de Borges es una entre tantas.

El pasaje de la influencia a la recepción, aún con esta timidez, aun sin que se desmintiera empíricamente —cosa que ocurre— la prioridad borgeana, ya con solo cambiar el sentido de la relación ('Borges en De Quincey', no 'De Quincey en Borges') y extender el alcance de las hipótesis más allá de una idea ingenua de sujeto, resulta fructífero, porque descubre mediaciones de otro modo camufladas en la relación personal de la influencia.

Esto se ve claramente en un dato revelador que sólo un enfoque de esta índole pone a la vista: que la imagen recibida de De Quincey por mediación de Borges no es la que predominó en su recepción histórica. Julian North, que estudia la recepción crítica de De Quincey en Europa y Estados Unidos de 1821 a 1994, muestra que el grueso de ella privilegió los escritos autobiográficos, colocando en segundo lugar la labor como crítico, teórico o estudioso de la literatura. Además, durante el siglo veinte, este aspecto recibió golpes fatales de críticos prestigiosos, como René Wellek, para quien De Quincey era un crítico fragmentario y deshonesto, incapaz y plagiaro. Evidentemente, el modo "angular y astillado" de verdad subrayado por Borges no era el que buscaba Wellek.

The judgements of Wellek and Eaton were, of course, based on the assumptions that, in order to be valuable, criticism must be based on accurate and original research and must in large part be objective in practice and founded on a systematic body of principles. (North 125).

De modo que Borges, por una parte, contra los que privilegiaban la autobiografía, valoró más el aspecto intelectual de De Quincey; y por otra, a diferencia de críticos como Wellek, preocupados por asegurar fundamentos estables para la crítica, no habría tenido ninguna intención de rescatar a De Quincey de su fragmentarismo y deshonestidad, porque veía, en esos mismos rasgos, valores para la producción literaria, índices de un saber acerca del funcionamiento de la cultura. La conclusión es llamativa: el lector argentino de Borges se habría nutrido de una imagen de De Quincey que es lateral en la historia de su recepción europea y norteamericana, creyendo que no es éste el caso. La situación se parece a la del que dibuja un mapa y se imagina en el centro; la tierra que se representa es, en este caso, la tierra del sentido. Pero más llamativo aun

es que esa imagen, la borgeana, la de un De Quincey cuyo valor reside en su colocación segunda, en el carácter crítico de su poética, es la que se está imponiendo en la discusión académica actual.

V

[...] la verdad, cuya madre es la historia [...]

Borges: "Pierre Menard, autor del Quijote"

Por alguna razón y acaso por una de influencias, el discurso de la crítica suele verse identificado con el de Borges al tocar problemas teóricos que el mismo abordó. Si después de los años setenta se afloja la dicotomía que estructuraba los estudios borgeanos, a partir de entonces, sobre todo desde la universidad, surge otra tendencia, que es la de leer en el sentido de Borges, en una especie de complicidad con su inteligencia, al parecer nunca bien comprendida. Su muerte habría sellado —y tal vez impelido— esa tendencia, al dejar la voluntad de Borges en manos de los sobrevivientes, que se verían como sus lectores ideales, desvinculados de inútiles partidismos. Una parte de la crítica, pues, y de la crítica tal vez más interesante, habría quedado contaminada por ese sentimiento de vindicación superadora que se parece tanto al que rige la custodia de los muertos. Cuando se leen frases del estilo: "leen a Borges como imaginamos, leyéndolo, que él hubiese querido ser leído" (Giordano), se está frente a ese fenómeno peculiar. Los textos "Pierre Menard, autor del Quijote" y "Kafka y sus precursores" han funcionado como redes envolventes en el discurso crítico.

Con el enfoque de la recepción este fenómeno se profundiza. El asombro que manifesté un poco más arriba por la manera en que la lectura de un autor puede condicionar la de los otros, no difiere mucho — salvo, diríamos, en la pobreza de mi estilo— de la categoría de precursor que Borges formula con tanta lucidez en su "Kafka".¹⁴ Incluso el paso de la construcción 'De Quincey en Borges' a 'Borges en De Quincey', de la influencia a la recepción, es el de ese ensayo. Pero la categoría de 'precursor' tiene en el "Kafka" una orientación programática que no siempre se le reconoce, acaso porque él mismo la oculta. Ni la parcialidad ni la imposición de que el precursor es objeto están destacadas en Borges. Por el contrario, bajo el escudo de la paradoja lúcida, se subraya la felicidad del encuentro que se produce entre escritores cuando se lee a uno que crea a los demás como antecedentes de sí mismo. Pero esa felicidad fraterna pertenece al "poeta fuerte", como diría Bloom, no al lector: es la felicidad de la creación, de la metáfora exitosa, "una vinculación tramada entre cosas distintas, a una de las cuales se trasiega la otra" (Borges, *Textos recobrados* I. 114). Por supuesto, no hay razones para impugnar la categoría de 'precursor'. Pero es preciso emplearla con conciencia crítica. Justamente, la transposición ciega de esta feliz observación a ley literaria es la que ata los nudos de una red borgeana ineludible.

Afortunadamente, esta puesta en abismo que produce en la crítica el seductor discurso borgeano es puesta en abismo, a su vez, por la historia. Buena parte de las nociones borgeanas, incluida la de 'precursor', podrían o deberían estudiarse en un contexto de historia de

las ideas y formas literarias que tome aproximadamente el período que va de De Quincey a Borges, es decir, desde fines del siglo XVIII hasta comienzos del XX. En realidad, eso es lo que se juega al relacionar estos dos escritores de diferentes culturas separados por un siglo: definir el sentido de la construcción 'de De Quincey a Borges'. La relación entre los nombres, así reescrita, podría traducirse en relaciones temporales históricamente asociadas con ese siglo y ese espacio intermedio. En los términos de Hobsbawm, por ejemplo: "De la era de las revoluciones a la era del imperialismo". Una traducción brutal, que no pasa de la conexión de unos títulos, pero que ya indica posibles funciones ideológicas de la importación borgeana de De Quincey. ¿Qué significa la lectura de un prosista de la Inglaterra reformista e industrial en la era de las polarizaciones imperiales de centro-periferia? ¿Qué conexión histórica material puede descubrirse entre estos dos puntos de densidad histórica? También podría traducirse en los términos de una historia de las prácticas artísticas: del romanticismo inglés a la vanguardia argentina. Obligaría esto a pensar las posibles conexiones históricas entre manifestaciones descentradas de conceptos tradicionales de la historia de la literatura, como romanticismo y vanguardia. O también podría inclinarse esta perspectiva hacia uno de sus conceptos primordiales, como el de poética, por ejemplo: de la crisis de la poética normativa a fines del siglo XIX (de Quincey) a la idea moderna de literatura en el XX (Borges). Estas traducciones, al tiempo que 'salvan', por la crítica, la validez de las categorías puestas en abismo, permiten echar luz sobre su configuración

histórica. Lo borgeano se estudiaría así como un efecto de la historia, no del sujeto creador.

VI

Pensar bien lo real es aprovecharse de sus ambigüedades para modificar el pensamiento y alertarlo.

Gastón Bachelard: *La filosofía del no*

Adoptar el enfoque de la recepción, entonces, permitiría resolver algunos problemas de la influencia. Leer los hallazgos que genera ese enfoque y sus categorías críticas según los recorridos de historia de la literatura corregiría cierta ceguera epistemológica de la recepción. Pero es preciso no descuidar, a la vez, el sentido con que se invoca a la historia en este caso. Si el crítico no intenta hacer visible, hasta donde su vista alcance, el modelo que organiza sus indagaciones, avanzará echando mano al que le brinde su sentido común. O, como ya ocurrió antes, al que le brinde su objeto.

Hasta ahora no encontré una propuesta más seductora y convincente para pensar la historia desde una perspectiva de literaturas comparadas que la ofrecida por Paul De Man en su texto sobre "La tarea del traductor de Walter Benjamin". Repetidas veces De Man considera que entre el siglo XVIII y el XX, se configuran y confrontan dos modelos filosóficos con ideas muy distintas sobre el lenguaje y la historia. Uno estaría representado por la ideología romántica de la presencia, idealista y teleológica en su concepción de la historia, que sostiene el poder representativo del símbolo; otro, por una tradición que corona Nietzsche, y que se define, justamente, por una posición antimetafísica y el recurso

a una teoría no mimética del lenguaje. Según esta perspectiva, aun hoy estaríamos moviéndonos entre estas dos opciones y cualquier pronunciamiento que involucre a la historia supone elegir alguna de ellas. Está claro que De Man se inscribe a sí mismo en la última. También coloca allí a Benjamin. Una cita deja ver dónde coloca a la *Rezeptionsästhetik*:

El debate entre Jauss y Benjamin sobre la alegoría es un debate entre la posición clásica, representada aquí por Jauss, y una tradición que la desmonta y donde figuran, en la estela de Kant, Hamann, Friedrich Schlegel, Kierkegaard y Nietzsche, entre otros. (De Man "La lectura y la historia" 108).

En su análisis de "La tarea del traductor", De Man se enfrenta a la lectura metafísica de Benjamin y postula que el ensayo contiene un sentido particular de historia, contrario a esa lectura. Para De Man, Benjamin está interesado en la tarea del traductor, porque ella pone en evidencia la relación que existe entre el lenguaje y la historia. La traducción destruye la noción de original porque opera como una forma de sobrevivida a costa de su muerte. Pero no porque ella lo mate, sino porque el original ya está muerto de entrada, es ajeno al acontecer de la historia, ajeno a la traducción que lo evoca. La *reine Sprache*, la lengua pura, a la que todas las lenguas remiten, no es accesible a los hombres y, por lo tanto, tampoco les compete. La función de la lengua pura, como la del original, es señalar "la disyunción permanente que habita todos los lenguajes como tales, incluyendo, y en especial, a la lengua que llamamos propia." (142). Benjamin llamaría 'historia' a este movimiento del lenguaje que representa la traducción.

Como tal, la historia no es humana porque pertenece estrictamente al orden del lenguaje; no es natural por la misma razón; no es fenomenal en el sentido de que ninguna cognición, ningún conocimiento sobre el hombre puede derivarse de una historia que, como tal, es puramente una complicación lingüística; y tampoco es realmente temporal. Estas disyunciones en el lenguaje se expresan por medio de metáforas temporales, pero sólo son metáforas. (143).

Este modelo, aun cuando no se haya hecho explícito, dominó el 'progreso' de este ensayo. El movimiento en el lenguaje podría ser denominado, justamente, 'influencia', pero en su sentido más atroz: la influencia como el movimiento inhumano que se llama historia, como el lugar del desplazamiento crítico y de la relación fantasmal. La relación entre los enfoques y los desplazamientos solicitados por sus crisis epistemológicas, no es, por supuesto, de superación. Son cambios en la estructura lingüística de la relación De Quincey y Borges. Los nexos subordinantes, el orden de los términos, expresan dichos cambios. A partir de este modelo de historia, se hace necesario reformular la relación con una nueva frase. Ya no 'De Quincey en Borges', 'Borges en De Quincey' o 'de De Quincey a Borges', sino 'entre De Quincey y Borges'. No se trata de negar o superar las otras construcciones, que han probado ser productivas en su particular diseño del objeto y en sus propuestas metodológicas. De hecho, nuestra exposición ha exagerado las articulaciones, en la medida en que estas frases no se excluyen entre sí sino que modulan la relación. Se trata, simplemente, de poner en evidencia su naturaleza lingüística. La influencia, la recepción y la historia, entrelazadas en un modelo crítico, pueden ser, de este modo, enfoques fecundos para indagar qué es lo que pasa entre De Quincey y Borges.

Notas

¹ En Bloom² se dedican algunas líneas a señalar los usos de la palabra. "La palabra 'influencia' había recibido el sentido de 'tener poder sobre otra persona' ya para la época de la escolástica de Santo Tomás, pero durante muchos siglos conservó su sentido etimológico de 'fluir hacia dentro' y su principal significación de emanación o fuerza proveniente de las estrellas que rige a la humanidad. Cuando se usó por primera vez, la frase 'ser influido' significó recibir un fluido etéreo que caía de las estrellas, un fluido que afectaba al carácter y al destino propio y que alteraba todas las cosas sublunares." (*La angustia de las influencias* 37).

² Lo único que la editorial Tauchnitz editó de De Quincey son las *Confessions of an English Opium-Eater*. El volumen está catalogado en la British Library, dentro de la colección Todd-Bowden Collection of Tauchnitz Edition.

³ OQ: abreviatura empleada para Borges, *Obras Completas*.

⁴ PIK: abreviatura empleada para Borges, Prólogo a *Los últimos días de Immanuel Kant*.

⁵ Cabría sumar la reseña de "Névroses" y la nota breve en *Introducción a la literatura inglesa*. (*Obras Completas en Colaboración* 832-33). También pueden ponerse reparos a esta adición.

⁶ Así leen, por ejemplo, Margaret Russett y Estela Canto. Esta última afirmó: "Uno de sus tempranos ensayos está encabezado por una cita de Thomas De Quincey que expresa plenamente su ambigua actitud: 'Un modo de verdad, no de verdad central y coherente, sino angular y fragmentada'" (*Borges a contraluz* 12).

⁷ *Writings* XI, 68, remite sin engaño al texto sobre Alexander Pope en el volumen de crítica literaria. Lo que sí es engañoso es el sentido programático con que la extrapolación dota a la cita. En De Quincey, la frase trata de ser una concesión, una alabanza parcial de Alexander Pope. Sólo una lectura de De Quincey en el sentido contemporáneo de escritor menor puede hacer revertir el enunciado sobre su poética.

⁸ En *La angustia de las influencias*, con unos 'adarmes' de Freud y Nietzsche, Bloom equipara la historia de la poesía a la de las relaciones entre 'poetas fuertes' durante sus ciclos vitales, de modo que la historia literaria se transforma en la escritura de una novela familiar regida por mecanismos de angustia y represión (Bloom 1997).

⁹ Dos trabajos recientes, el de Margaret Russet y el de Daniel Sanjiv Roberts, han modificado esta situación de forma decisiva. Trabajos previos, como los de Beer y Gordon, abrieron el camino en esa dirección.

¹⁰ Los debe haber. Las traducciones del *corpus* célebre de De Quincey, que aun se vincula a la recepción tradicional de su obra, no son escasas. Y dado que su temática provocativa (el opio, la consideración estética del crimen, etc.) se ajusta a los parámetros publicitarios de promoción, sería inexplicable la falta de circulación de esas obras por otro carril.

¹¹ "Durante muchos años, yo creí que la casi infinita literatura estaba en un hombre. Ese hombre fue Carlyle, fue Johannes Becher, fue Whitman, fue Rafael Cansinos Asséns, fue De Quincey." (Borges 1986: 641)

¹² "Despacito, a través de inefables chapucerías de gusto, intimé con la literatura. No alcanzo a recordar la primera vez que leí a Quevedo; ahora es mi más visitado escritor. En cambio, sé que fue apasionadísimo mi primer encuentro con el *Sartor Resartus* o Sastre Zurcido del energuménico Tomas Carlyle: libro arrumbado que hace años está leyéndose solo en la biblioteca. Después, fui mereciendo amistades escritas que todavía me honran: Schopenhauer, Unamuno, Dickens, De Quincey, otra vez Quevedo". (*El idioma de los argentinos* 88).

¹³ Rubén Darío, "El humo de la pipa" (*Cuentos* 255-57) y José Asunción Silva, *De sobremesa* (Obra Completa 269). Cf. Viera "El viaje modernista".

¹⁴ "If one reads De Quincey *after having read Borges (the kind of reverse operation "Pierre Menard" suggests), it is impossible not to recognize the kinship.*" (Rodríguez Monegal 126)

Obras citadas

- Balderston, Daniel. *The Literary Universe of Jorge Luis Borges. An Index to References and Allusions to Persons, Titles, and Places in His Writings*. Comp. New York: Greenwood Press, 1986.
- _____. *El precursor velado: R. L. Stevenson en la obra de Borges*. 1979. Trad. Eduardo Paz Leston. Buenos Aires: Sudamericana, 1985.
- Bacherlard, Gastón. *La filosofía del no. Ensayo de una filosofía del nuevo espíritu científico*. Trad. Noemí Fiorito de Labruno. Buenos Aires: Amorrortu, 1993. Primera edición francesa, 1940.
- Beer, John. "De Quincey and the Dark Sublime: The Wordsworth-Coleridge Ethos". En: Snyder, ed. *Thomas De Quincey. Bicentenary Studies*: 164-98.
- Bessière, Jean. *Quel statut pour la littérature?* Paris: PUF, 2001.
- Borges, Jorge Luis. "Nèvroses, de Arvède Barine". Revista *El Hogar*. Año 32, num. 1411, 30 de octubre de 1936 25. Recogido en *Textos cautivos*, 149.
- _____. "Autobiographical Essay". 1970. En: *The Aleph and other Stories. 1933-1969. Together with Commentaries and Autobiographical Essay*. New York: Dutton, 1978. 203-60.
- _____. *Discusión*. Buenos Aires: Emecé, 1957.
- _____. *Discusión*. Buenos Aires: Manuel Gleizer, 1932.
- _____. *El idioma de los argentinos*. Buenos Aires: Seix Barral / Espasa Calpe, 1994.
- _____. *Evaristo Carriego*. Buenos Aires: Manuel Gleizer, 1930.
- _____. *Textos Recobrados 1*. Buenos Aires: Emecé, 1999.
- _____. *Obras Completas*. Buenos Aires: Emecé. 1974. Citado como OC.
- _____. *Obras Completas en Colaboración*. Buenos Aires: Emecé, 1997.
- _____. Prólogo a *Los últimos días de Emmanuel Kant y otros escritos*. Trad. Luis Loaya. Madrid: Hyspamérica, Col. Biblioteca Personal de Jorge Luis Borges. 1986. Recogido en: *Obras Completas*. Buenos Aires: Emecé, 1996, Vol. IV, 1975-1988.
- Bloom, Harold. *La angustia de las influencias*. 1973. Trad. Francisco Rivera. 2a ed. Caracas: Monte Avila, 1991.
- _____. *La compañía visionaria. William Blake*. 1961. Trad. Mariano Antolin Ratto y Pablo Gianera. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 1999.

- Canto, Estela. *Borges a contraluz*. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1999.
- Chevrel, Yves. "Los estudios de recepción". En: Pierre Brunel e Yves Chevrel, eds. *Compendio de literatura comparada*. Trad. Isabel Vericat Núñez. México: Siglo Veintiuno Editores, 1989: 148-87.
- Christ, Ronald. *The Narrow Act: Borges's Art of Allusion*. Boston: G. K. Hall & Co, 1969.
- Darío, Rubén. *Cuentos completos*. Ed. Mayra Hernández Menéndez. La Habana: Arte y Literatura, 1994.
- De Man, Paul. "La lectura y la historia". En: *La resistencia a la teoría*. 1986. Trad. Elena Elorriaga y Oriol Francés. Madrid: Visor, 1990: 87-114.
- _____. "La tarea del traductor de Walter Benjamin". En: *La resistencia a la teoría*. 1986. Trad. Elena Elorriaga y Oriol Francés. Madrid: Visor, 1990: 115-62.
- De Toro, Alfonso. "La "literatura menor", concepción borgesiana del 'Oriente' y el juego con las referencias. Algunos problemas de nuevas tendencias en la investigación de la obra de Borges." <http://www.uni-leipzig.de/~detoro/sonstiges/borgoriente.htm>.
- De Quincey, Thomas. *The Collected Writings of Thomas De Quincey*. Ed. David Masson. 14 vols. Edinburgh: Adam and Charles Black, 1889-1890.
- _____. *The Work of Thomas De Quincey*. Ed. Grevel Lindop. 21 vols. London: Pickering and Chatto, 2000-2003.
- _____. *Confessions of an English Opium-Eater. Collection of British authors. Tauchnitz edition*. Vol. 4212. Leipzig: Bernhard Tauchnitz, 1910.
- Foucault, Michel. *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Trad. José Vázquez Pérez. Valencia: Pretextos: 1992.
- Giordano, Alberto. "La creación de una obra". *Variaciones Borges*, 4. Reseña de la obra de Annick Louis. *Jorge Luis Borges: œuvre et manœuvres*. 1997. Online (<http://www.hum.au.dk/Institut/rom/borges/vb4/giordano.html>.)
- Gordon, Jan B. "De Quincey as Gothic Parasite: The Dynamyc of Supplementarity". En Snyder, ed. *Thomas De Quincey. Bicentenary Studies*: 239-61.
- Ledesma, Jerónimo. "Al costado, más acá. Thomas De Quincey y su ubicación en el canon del romanticismo inglés". Ponencia leída en el Vº Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica

- Literaria, "Polémicas literarias, críticas y culturales", el 15 de agosto de 2003. Disponible en <http://163.10.30.3/congresos/orbis>
- _____. "Otro modo de verdad. La figura de De Quincey en la poética de Borges". Ponencia leída en las Sextas Jornadas Nacionales de Literatura Comparada, el 29 de agosto de 2003. Inédito.
- Mac Gann, Jerome. *The Romantic Ideology. A Critical Investigation*. Chicago: University of Chicago Press, 1983.
- Molloy, Silvia. *Las letras de Borges y otros ensayos*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1999.
- North, Julian. *De Quincey Reviewed. Thomas De Quincey's Critical Reception, 1821-1994*. Columbia: Camden House, 1997.
- Panesi, Jorge. "Borges nacionalista". En: *Críticas*. 132-51.
- _____. "Walter Benjamin y la deconstrucción". En: *Críticas*. 111-28.
- _____. *Críticas*. Barcelona, Buenos Aires: Norma, 2000.
- Roberts, Daniel Sanjiv. *Revisionary Gleam: De Quincey, Coleridge, and the High Romantic Argument*. Liverpool: Liverpool University Press, 2000.
- Rodríguez Monegal, Emir. *Jorge Luis Borges: A Literary Biography*, New York: E. P. Dutton, 1978.
- Russet, Margaret. *De Quincey's Romanticism: Canonical Minority and the Forms of Transmission*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.
- Saitta, Sylvia. *El escritor en el bosque de ladrillos. Una biografía de Roberto Arlt*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.
- Silva, José Asunción. *Obra completa*. Ed. Héctor H. Orjuela. Col. Archivos. México: FCE, 1990.
- Snyder, Robert Lance. Ed. *Thomas De Quincey. Bicentenary Studies*. Norman and London: University of Oklahoma Press, 1995.
- Stephens, Cynthia. "Borges, De Quincey, and the Interpretation of Words". En: *Romance Quarterly*, Nov 92, Vol. 39 Issue 4: 480-87.
- Viera, Hugo. "El viaje modernista: la iniciación narcótica de la literatura hispanoamericana en el fin de siglo". En *Ciberletras, Revista de Crítica Literaria y Cultura*. N° 9, Julio de 2003. (<http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v09/viera.html>)